

UNA PRECUELA ORIGINAL DE

DUNGEONS & DRAGONS[®]

HONOR ENTRE LADRONES



VOCACIÓN DE DRUIDA

E.K. JOHNSTON

minotauro



VOCACIÓN DE DRUIDA

E. K. JOHNSTON

minotauro

Título: *Dungeons & Dragons: Honor entre ladrones. Vocación de druida*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

© 2023 Wizards of the Coast LLC. © 2023 Paramount Pictures Corporation.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof are property of Wizards of the Coast LLC.

Título original: *Dungeons & Dragons: Honor Among Thieves. The Druid's Call*

Diseño de cubierta: Ella Laytham

Ilustraciones de cubierta: Alice Duke

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Jaume Muñoz

ISBN: 978-84-450-1494-3

Depósito legal: B. 19.887-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO I

El nítido sonido vibrante de la cuerda de un arco atraía la atención de una forma muy especial. Las flechas podían ser totalmente silenciosas si estaban emplumadas correctamente, y un explorador bien entrenado era capaz de caminar por encima de una capa de hojas secas sin hacer ruido alguno, pero algunas cosas eran inevitables. Si ibas a disparar un arco, tenías que estar seguro de acertar, porque seguramente no tendrías una segunda oportunidad.

La flecha de Doric pasó de largo, y la manada de ciervos que habían estado siguiendo rigurosamente se desbandó, presa del pánico, y desapareció entre los árboles.

—¡Esta vez lo has hecho mejor! —dijo una voz animada a su lado. Siempre podía contar con los ánimos de Torrieth, aunque Doric no siempre compartiera su entusiasmo. Eso constituía los cimientos de su relación, y había sido así desde la primera vez que vio a la delgada elfa de pelo oscuro.

Doric atravesó los matorrales para recuperar su flecha. El sigilo había dejado de importarle, y su cola azotaba los hierbajos y arbustos. Al levantar la mirada, vio un búho blanco en lo alto de una rama. Incluso el búho parecía juzgarla con la mirada. Le sacó la lengua, pero el animal no se inmutó.

—Si no acertamos, no podremos comer... —comentó Doric, volviendo al lado de su amiga.

—Hay muchos ciervos más —la consoló Torrieth—. Tal vez los demás hayan tenido más suerte.

Doric quería replicarle que no era una cuestión de suerte, sino de habilidad. Y era una habilidad que no parecía capaz de dominar por mucho que practicara. Sabía que las demás partidas de caza estaban posicionadas de tal modo que, después de su fallo, iban a beneficiarse de la huida de la manada de ciervos. Su incompetencia formaba parte del plan. Era un ejemplo del tipo de contribución que ella podía aportar... y no lo soportaba.

—Supongo que sabes... —siguió diciendo Torrieth— que nadie te exige que participes en la cacería. No te sientas obligada a hacerlo. Tampoco es que comas mucho.

La verdad era que a veces sí que comía lo que traían los cazadores. Tal vez si se le diera mejor la caza se sentiría de otro modo, pero no era el caso, así que cuando nadie la miraba comía cosas que los elfos no podían comer, sirviéndose trocitos de brasas de la gran hoguera central. No quería recordarles con demasiada frecuencia a los elfos que era diferente, y por encima de todo no quería ser una carga.

Había ciervos en abundancia. De hecho, probablemente hubiera demasiados ciervos. Los granjeros y leñadores que vivían cerca del bosque llevaban mucho tiempo matando a los lobos que atacaban a los rebaños, de modo que ahora ya no había suficientes lobos para mantener a raya a la población de ciervos. Entonces los ciervos se comían todo lo verde que encontraban a su paso, dejando poca cosa para el resto de animales del bosque. Así que los elfos se comían a los ciervos para restablecer el equilibrio. Era un proceso lento, pero poco a poco se iban produciendo avances.

El bosque de Neverwinter era un lugar extraño, donde las reglas de las estaciones no parecían aplicarse. Siempre había algo floreciendo, dando frutos o apareándose, y eso significaba que casi nunca resultaba difícil conseguir comida. Pero a Doric esa comida siempre le sabía a pecado, y si su estómago de origen demoníaco podía aceptar corteza de árbol caída y algún que otro trozo de piedra caliza, se lo

permitía. Los elfos de los bosques habían cuidado de ella desde su llegada al bosque, una bendición muy singular por parte de estos seres tan reservados. No se les parecía en nada, pero les debía mucho. Lo mínimo que podía hacer era ponerles las cosas fáciles.

—Quiero ayudar —dijo Doric.

—Lo sé —respondió Torrieth—. A lo mejor solo necesitas más práctica.

Era muy amable por su parte (Torrieth solía serlo), pero Doric ya había decidido que esta iba a ser su última cacería si no tenía éxito. Optaría por probar otra cosa. Como recoger bayas. Iba a ser difícil fracasar recogiendo bayas.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, lo rechazo absolutamente —afirmó Torrieth—. Y si me dejas aquí sola con los chicos, te mato.

Doric se echó a reír, aunque a regañadientes. Torrieth no era la única chica de su edad con habilidades de exploradora, pero había arrastrado a Doric a entrenar con ella. Últimamente parecía que algunos de los chicos se inventaban motivos para pasar tiempo con Torrieth, y ninguno de ellos le interesaba especialmente. Doric comprendía perfectamente el impulso de evitar atraer la atención.

—Vale, seguiré practicando —dijo Doric—. Pero a lo mejor debería hablar con Liavaris sobre la posibilidad de aprender otro oficio, por si acaso.

Torrieth se limitó a desviar la mirada, y las dos amigas emprendieron el camino de vuelta al campamento élfico. Era un día soleado en el bosque de Neverwinter, algo bastante habitual, y el aire era cálido. En el exterior del bosque reinaba el clima de finales de invierno, con días fríos interrumpidos por algunas brisas templadas que parecían traer ya promesas de primavera. Aquí, bajo la luz verde moteada que se filtraba entre los árboles, el sol no era especialmente caluroso, pero la humedad se extendía rápidamente. Los cazadores élficos salían con la primera luz para evitar las peores horas de bochorno.

Ahora que ya no estaban centrando toda su atención en los ciervos, la mirada de Torrieth iba de un árbol a otro. Doric la observaba,

preguntándose si podría aprender a ver el bosque como lo hacía su amiga. Quería apreciar los árboles altos y fuertes y los arbustos que se abrían paso desde el lecho del bosque, pero no lo sentía del mismo modo que Torrieth. Por mucho que se esforzara en olvidar, el bosque siempre le deparaba recuerdos oscuros, y nunca se encontraba totalmente cómoda. Era capaz de ver si los animales estaban sanos o si la vegetación estaba robusta y saludable, pero era una experiencia adquirida con mucho esfuerzo. Por otro lado, era como si Torrieth pudiera respirar el bosque en sí. Siempre sabía exactamente dónde estaba, y recordaba todas las hojas y ramitas que veía.

—Bayas —dijo Torrieth, señalando un poco más lejos del sendero. Sabía que Doric no soportaba volver con las manos vacías—. ¿Has traído un saquito?

Doric ya había sacado una bolsa de tela para comida que llevaba dentro del zurrón. Las dos amigas se dirigieron hacia los arbustos. Unos pasos más allá, se encontraron rodeadas de jugosas bayas de perdiz, de un color rojo oscuro como la sangre. En unos minutos ya habían llenado la bolsa, llevándose solo tres cuartas partes de las bayas de cada planta, dejando el resto para los pájaros. Cuando estaban volviendo al sendero, se encontraron con una de las partidas de caza que regresaba al campamento.

—¡Torrieth, mira! —exclamó Deverel, que caminaba lento bajo el peso del ciervo joven que llevaba sobre los hombros. Deverel estaba en el grupo de entrenamiento, y esta era su primera cacería con éxito. Se mostraba claramente entusiasmado—. Ha sido increíble. El ciervo ha venido directamente a donde estábamos, y mi disparo ha sido perfecto.

Doric vio que decía la verdad. Casi no había sangre, y desde su ángulo, parecía que el ciervo no tuviera ninguna marca. Deverel tenía derecho a estar orgulloso de sí mismo, y era tan genuino que no resultaba desagradable. Deverel llevaba meses practicando su puntería día y noche. Torrieth lo felicitó, y la piel cobriza de Deverel se sonrojó, adoptando un leve color rosado.

—Doric, Torrieth —dijo el mentor de Deverel, un explorador veterano llamado Fenjor—. Me alegro de haberos encontrado. Tengo que acompañar a Deverel hasta el campamento, pero hay algo raro al suroeste de aquí, junto al río. Está demasiado silencioso, y hay algo en el agua que no está bien. No hemos tenido tiempo de comprobarlo antes de que llegaran los ciervos. ¿Podéis ir a asegurarnos de que todo está bien?

—Por supuesto —respondió Doric. Le entregó las bayas, un poco a regañadientes. Al fin y al cabo, iba a volver con las manos vacías. Pero de ningún modo podía decir que no a la petición de uno de los ancianos.

—¡Son perfectas! —exclamó Deverel, examinando las bayas de la bolsa—. Vuestras bayas y mi ciervo asado toda la tarde... va a estar delicioso. Voy a decírselo a todo el mundo.

Fenjor apartó la mirada, pero se le escapó una sonrisa benévola. Torrieth escondió su sonrisa volviéndose a mirar su aljaba. De todos los miembros del clan, Deverel era quien le caía mejor después de Doric, aunque por lo que sabía Doric, ninguno de los dos había hablado de ello.

—¿Estás preparada? —preguntó Torrieth.

—Siempre —respondió Doric.

Se adentraron en el bosque por donde habían llegado Fenjor y Deverel. Se abrían paso con facilidad por la maleza. Ir hacia el río siempre era más fácil que el camino de vuelta a casa. El paso del río por el bosque de Neverwinter era pausado, con amplios meandros y orillas llanas. Cerca del campamento, el río era estrecho y fluía con fuerza, con escarpadas orillas rocosas que eran fáciles de bajar pero complicadas de subir. Pero Doric no pensaba quejarse. Por lo menos no tenía que hacerlo con un ciervo a cuestas.

—Deverel parece agradable —comentó Doric al cabo de un rato caminando en silencio.

—Ah, creo que está totalmente colado por mí —dijo Torrieth—. Si hubiésemos traído una cesta llena de babosas, estaría igual de entusiasmado con la idea de preparar juntos la cena. Es muy entrañable.

Doric resopló. Había vivido con los elfos desde que era una niña, pero a veces las cosas que hacían todavía la dejaban perpleja.

—Tú ríete, pero algún día alguien va a mirar esos rizos rojos tan bonitos y se va a enamorar hasta las trancas de ti —dijo Torrieth.

Casi todos los elfos de los bosques tenían el pelo castaño, aunque algunos, como Torrieth, tenían tonos más oscuros. El color de pelo era la última de las preocupaciones de Doric en cuanto a su cabeza. Sus cuernos la delataban al instante como una Tiefling, y casi todo el mundo la asociaba inmediatamente con las tendencias destructivas de los demonios. Desde que los elfos la aceptaran entre ellos, Doric se había pasado prácticamente cada día intentando asegurarse de no darles ningún motivo para que tuvieran una mala opinión de ella.

—Estás poniendo esa cara otra vez —dijo Torrieth—. No sé cuántas veces al día puedo rechazar tus pensamientos.

La sinceridad con la que Torrieth aceptaba los cuernos, la cola y la inseguridad general de Doric era una de sus mejores cualidades. Su amistad había sido inquebrantable desde que las dos tenían unos seis años, cuando Doric pasó su primera temporada entre los elfos. Doric siempre había sentido cierta perplejidad por la rapidez con la que la había aceptado Torrieth. Al cabo de un tiempo, Torrieth le acabó confesando que al principio fue por mera testarudez: su tío fue uno de los pocos que dijo que quería que Doric se fuera. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaban juntas, más real se volvía el afecto de Torrieth. En la década que había pasado desde entonces, Torrieth no había vacilado ni una sola vez, incluso cuando algunos miembros del clan expresaban disgusto por Doric.

Llegaron al río, que fluía con fuerza sobre el lecho rocoso. El agua clara siempre estaba fría, por mucho calor que pudiera hacer en el bosque. A primera vista no parecía evidente por qué Fenjor dijo que había algo en el agua que no estaba bien, pero al fin y al cabo era mucho más experimentado que ellas.

—Vamos a mirar río abajo —dijo Doric—. Río arriba seguro que todo está bien, porque el agua está clara.

Avanzaron río abajo, y Doric empezó a sentir que algo estaba mal. De repente, en su mente se recrearon los recuerdos oscuros del bosque, con una riada imprevisible precedida por el silencio absoluto de los animales. No quería pensar en ello, ni siquiera para hacer lo que les había pedido Fenjor.

—Estar aquí me da escalofríos —dijo Doric.

—¿Crees que tendríamos que ir a buscar refuerzos? —preguntó Torrieth.

Doric se lo planteó.

—No. Vamos a echar un vistazo rápido y entonces decidiremos qué hacer.

Avanzaban tan silenciosamente como podían, que en el caso de Torrieth era totalmente en silencio. En comparación, Doric se sentía como un mamut, a pesar de que ninguno de los animales de los alrededores parecía fijarse en ella. Siguieron la orilla del río, que describía varios meandros, y justo cuando Doric estaba empezando a castigarse mentalmente por tener que volver con las manos vacías de una simple misión de exploración... encontraron lo que estaban buscando.

Al otro lado del río había una gran pila de troncos. Les habían arrancado las ramas, y todos los restos formaban una pila gigantesca, que estaba humeando. Alrededor de esta pila había varios tocones cortados al raso, y los arbustos estaban totalmente pisoteados. Unos cuantos troncos estaban sobre el río. El agua pasaba por encima de los troncos, pero estaba claro que con un poco más de esfuerzo, se podía formar un dique.

—¿Qué está pasando? —preguntó Torrieth.

Doric era capaz de identificar las señales.

—Humanos —susurró Doric—. Esos árboles seguramente valen mucho dinero.

—Estamos en el centro del bosque —observó Torrieth—. ¿Por qué estarán talando árboles aquí? ¿Cómo van a sacar del bosque todos los troncos?

Doric recordó la riada y la furia desbordante del agua.

—Si terminan el dique, el agua se acumulará aquí —explicó Doric—. Se inundará toda esta zona en la que estamos. Y cuando rompan el dique, toda esa agua bajará río abajo a gran velocidad.

—Y así arrastrarán los troncos hasta la ciudad —terminó de decir Torrieth.

Se quedaron mirando los troncos y el agua, visualizando la riada y todo lo que iba a arrastrar.

—Esto no me gusta —dijo Torrieth—. Siempre ha habido humanos en el bosque de Neverwinter, pero no así. Los leñadores que conocemos nunca causarían desperfectos de este tipo. Y no solo afectará a los árboles. Va a alterar los patrones de caza, y no solo los nuestros.

A Doric no le gustaba nada de lo que hacían los humanos, pero esto la afectaba especialmente. Del mismo modo que los elfos cazaban ciervos, los elfos respetaban que había que cortar algunos árboles. Cuando la madera estaba muerta o alguien precisaba una casa o leña para calentarse en medio del bosque, solo cortaban la cantidad necesaria. Pero esto era a una escala mucho mayor... devastador. Y parecía que solo era el principio.

—Tendríamos que volver —dijo Doric—. Se lo tenemos que decir a los demás inmediatamente.

—Ellos tendrán una idea más clara de lo que hay que hacer —dijo Torrieth, asintiendo con la cabeza.

Desde el otro lado de la zona llegó un rugido furioso. Doric y Torrieth se detuvieron inmediatamente al reconocer el sonido. Los elfos y los osos normalmente se evitaban los unos a los otros en el bosque, pero si Torrieth tenía razón y esta tala masiva había alterado los patrones de caza de un oso, tal vez estuviera tan hambriento que fuese a probar suerte en otro territorio y con otras presas. Doric agarró a Torrieth del hombro y las dos se agacharon.

De repente, el oso irrumpió en su campo de visión. Por suerte, estaba en la otra orilla y contra el viento. El oso se acercó a los troncos y olfateó la madera en busca de algún rastro de humanos. Entonces

se acercó al agua y golpeó las aguas poco profundas con las patas delanteras.

—Debería haber peces. —Torrieth susurró tan delicadamente al oído de Doric que por un momento a Doric le pareció que se lo había imaginado—. Probablemente solo esté interesado en la comida.

Mientras Torrieth pensaba en el apetito del oso, Doric podía imaginar su rabia. Seguramente estaba bien alimentado y era feliz. Esto era el bosque de Neverwinter, el paraíso de un oso. Sin embargo, ahora su territorio estaba mancillado. Si se quedaba, iba a pasar hambre. Si se marchaba, iba a tener que luchar por un nuevo hogar.

—Muy lentamente —dijo Torrieth—, mientras está en el agua, sígueme.

Torrieth empezó a atravesar los arbustos, seguida de Doric, eligiendo cada paso con sumo cuidado. A pesar de que se esforzó al máximo por moverse en silencio, pisó una rama seca y la partió. El crujido resonó como si fuera un trueno. Las dos se quedaron congeladas, y el oso miró en su dirección.

—¡Quieta! —voceó Torrieth, que ya no necesitaba hablar en voz baja—. No corras. ¡Mantente firme!

Torrieth se volvió rápidamente hacia el oso, plantó los pies en el suelo y extendió los brazos. Doric pretendía imitar los movimientos de su amiga, pero se le enredó el pie en una maraña de raíces, se le dobló el tobillo y cayó de bruces. La presa perfecta.

—¡Doric! —exclamó Torrieth, esforzándose por mantener la calma en la voz. El oso cruzó el río en cuestión de segundos y corrió hacia donde estaba Doric, con las orejas echadas hacia atrás. Un gruñido grave resonó en su garganta y apretó amenazadoramente las mandíbulas.

Presa del pánico, Doric se puso en pie y se volvió hacia el oso, totalmente erguida. Estaba a un par de pasos de ella, salivando y desesperado.

—¡Detente! —gritó Doric, extendiendo imperiosamente la palma de la mano, mientras sentía que le temblaban las rodillas.

El oso se detuvo. Se puso derecho e inclinó la cabeza, olfateando el aire inquisitivamente. Se quedaron mirando entre ellos. Y entonces, esa criatura enorme pareció suavizarse. Su rostro pareció adoptar una expresión casi suplicante.

—Vamos a ayudarte —dijo Doric con firmeza—. Pero no te podremos ayudar si nos devoras.

El oso resopló, emitiendo un sonido casi quisquilloso. Tenía unos ojos tristes, hundidos en la cabeza debido a la pérdida de peso. Su pelaje había perdido el brillo y estaba moteado. Doric recordaba la sensación de haber tenido tanta hambre que parecía que el estómago fuera a devorarle la columna vertebral.

—Atrás —dijo Doric, apretando la mandíbula.

Sintió que le hervía la sangre... pero no en contra del oso, sino compadeciéndose de él. El oso no estaría enseñándoles los dientes si su hogar no estuviese destrozado. Enfadarse por eso no era algo malo.

De repente, la tranquilidad entre el oso y la Tiefpling se rompió. Los ojos del oso volvieron a llenarse de furia. Se dejó caer pesadamente sobre las cuatro patas y rugió a pleno pulmón.

—Doric, retrocede —susurró Torrieth con una voz que rozaba el llanto—. ¡No bajes los brazos y retrocede!

El oso centró su atención más allá de Doric y echó a correr hacia Torrieth. Con un gruñido terrorífico, atacó a la elfa con su pesada zarpa. Torrieth era muy ágil, pero no lo suficiente como para esquivar un zarpazo de oso. Las afiladas zarpas le rozaron la piel, dejando cinco líneas rojas en su bíceps.

—¡Atrás! —gritó Doric desde lo más profundo de sus entrañas, con los dedos enroscados como garras. Golpeó el suelo con un pie y se acercó al oso hambriento... más de lo que su instinto de supervivencia le hubiese permitido normalmente.

De repente, el oso se quedó en silencio y se detuvo. De hecho, estuvo a punto de tropezar. Bajó la cabeza y durante un segundo ocurrió lo imposible: parecía tener miedo. El oso retrocedió unos

pasos, dio media vuelta y echó a correr hacia el punto del bosque por donde había aparecido.

—¿Cómo...? —musitó Torrieth, sin aliento, acercándose la mano a la herida—. ¿Cómo has hecho eso?

—No... no lo sé —dijo Doric. No quería hablar sobre ello. Era algo nuevo y diferente, y Doric le había dedicado mucho tiempo a no ser nueva o diferente—. Vámonos de aquí. Tenemos que encontrar a alguien que se ocupe de tu brazo inmediatamente. —Se arrancó un trozo de tela de la manga y la envolvió con fuerza alrededor del bíceps de Torrieth. En sus oídos todavía escuchaba ese rugido furioso y hambriento.

Durante el camino de regreso a casa, permanecieron en silencio. Doric caminaba con la mirada fija en sus pies, permitiendo que su visión se desenfocara. Torrieth estaba herida, y era por su culpa. Mucho antes de llegar al pueblo, en las copas de los árboles notaron el aroma de carne asada, y escucharon al clan celebrando la primera cacería de Deverel. Era una sensación familiar que indicaba que ya casi estaban en casa. Pero, de algún modo, iba a tener que dirigirse a aquella gente que se había apiadado de ella y contarles lo que habían visto en la orilla del río. Y explicarles que por su culpa, su única amiga de verdad estaba herida.